

ANDERSEN, Hans Christian

Nació el 2 de abril de 1805 en Odense, Dinamarca, y murió el 4 de agosto de 1875 en Copenhague.

Tuvo una infancia difícil. Su padre, que simpatizaba con la Revolución Francesa, se enroló en 1812 en el ejército napoleónico; regresó a su hogar dos años después y murió casi enseguida. Ese niño sensible que fue Andersen quedó entonces librado a la compañía de mujeres frustradas y desdichadas: una madre melancólica y borracha, una abuela seca y dura, una hermana que termina prostituyéndose, vecinas que viven de la mendicidad y que se tiran las cartas para adivinar algún súbito cambio de fortuna. Siendo el único hombre de la familia, asume las esperanzas de todos, pero lo hace con la ingenuidad propia de su edad y con angustia. A los catorce años, persuadido por las predicciones de una adivina, que le aseguran que le aguarda un gran destino, parte hacia Copenhague; asedia las casas de las actrices de moda, ejerce diversos oficios menores para sobrevivir y conoce el hambre; pero se siente sostenido en todo momento por un irrefrenable deseo de complacer y de triunfar, un sentimiento en el que entra una buena dosis de vanidad, sin duda, pero también la clara conciencia de su talento

y un extraordinario amor por los demás. Sus biógrafos –Fredrik Böök, Elias Bresdorff y Régis Boyer– coinciden al menos en un punto: ese adolescente bailarín, cantarín y narrador es un ser extraño, desconcertante, que a nadie deja indiferente.

Un alto funcionario danés, Jonas Collin, lo toma entonces bajo su protección y le asegura un subsidio que le permite vivir decentemente, estudiar y viajar. Sus primeros intentos literarios llaman la atención del público: poemas, novelas, obras de teatro, relatos de viaje. Recorre Escandinavia, Francia, Italia, llega incluso a Turquía... Durante una estada en Alemania toma contacto con algunos de los representantes más prestigiosos del movimiento romántico: Heine, Tieck, Archim von Arnim, Chamisso.

Sus primeros cuentos aparecen en 1835. Tienen un gran éxito. Decide entonces escribir más y sigue publicando al ritmo de un libro por año.

Su figura es muy discutida, en especial en la propia Dinamarca –Sören Kierkegaard se cuenta entre sus adversarios más ásperos y encarnizados– pero sus éxitos en el extranjero terminan por imponerlo rápidamente. Con todo, sigue siendo un ser desasosegado y lleno de angustia: una sola crítica en su propio país lo afecta más que las alabanzas de Dickens o de Hugo. Se altera, polemiza demasiado. Se le conocen dos novias: las aborda con una mezcla de atracción y desconfianza, sabiendo por anticipado

que no será correspondido. Uno se podría preguntar incluso si no las habrá elegido para justificar sus soledades y para demostrarse que es incapaz de gustarle a nadie. Durante mucho tiempo se sintió feo. Cuando ya viejo y después de muchas reticencias se deja fotografiar, descubre con sorpresa y alegría que la vejez le ha otorgado un rostro respetable, casi hermoso. Se trata de una versión imprevista y personal del cuento del *Patito feo*, que súbitamente descubre que no era sino un cisne.

¿Habrás que suponer, como dice Régis Boyer, que fue un onanista? ¿O habrá sido la suya más bien una conversión del deseo? En la infancia lo que más le faltó fue una familia; suponiéndose incapaz de crearse una propia, prefirió insertarse en otra, ya constituida, la de su protector Collin. De ahí los vínculos sorprendentes que entabla con él y luego con su hijo Edvard. Exige permanentes pruebas de afecto, los acosa, los provoca, y soporta las afrentas con una mezcla de felicidad y de rencor, ya que demuestran que él es “de la casa” y que, haga lo que haga y diga lo que diga, siempre va a tener un cubierto en la mesa. Salvo ahí, no se encuentra cómodo en ningún otro lugar. Apenas llega ya está deseando partir. Se diría que anda en busca de algo que no puede encontrar en ninguna parte.



Javier Sáez Castán (Anaya)

Más adelante, con la edad, llega la gloria. Reyes y príncipes compiten por recibirlo en sus casas. ¿Significará eso, como dice Jack Zipes, que se ha comprometido con ellos? No. Recibe los honores con sencillez, como las señales de un triunfo que honra a todos los miserables que él representa. Con el tiempo ha ido aprendiendo a perdonar a los demás y a sí mismo. En esa etapa su propia vida empieza a parecerle un cuento con un final feliz.

¿Se ha reconciliado realmente con los adultos? Sí, en la medida en que se lo festeje y se lo acepte tal como es. Pero en realidad sólo se encuentra cómodo con los niños. Con ellos ríe, juega, cuenta.

“En las diversas familias que frecuentaba —explica Edvard Collin—, había niños de los que Andersen se ocupaba; les contaba historias, ya sea inventándolas en el momento o bien inspirándose en cuentos ya conocidos; pero tanto cuando se trataba de cuentos propios como de cuentos conocidos vueltos a narrar, el modo de contarlos era por completo personal y tan vívido que dejaba hechizados a los niños. Y él, por su parte, daba rienda suelta a su buen humor, hablaba sin cesar y acompañaba el relato con gestos muy elocuentes. Era capaz de dar vida a la más seca de las frases; no decía “los niños subieron al coche y partieron”; decía “y entonces se suben al coche —adiós, papá, adiós, mamá—, el látigo que chasquea, chaschas, y ellos que se van, lejos, lejos, lejos”.

Las hadas y la ciencia

Su obra narrativa incluye 156 cuentos. Algunos son cuentos populares ya muy conocidos como *La princesa del guisante* o *El compañero de viaje*, pero los cuenta con una emoción y una gracia siempre eficaces. Una de sus novelas, de giro autobiográfico, se titula *El improvisador*. Y, efectivamente, Andersen lo fue, uno de esos artistas populares, esos “narradores dotados” que para la época en que él vivió todavía recorrían los caminos y relataban sus historias durante las largas veladas.

La segunda parte de su obra es más personal. A partir de 1843, comienza a publicar cuentos inventados por él y que tienen por protagonistas a objetos familiares, por ejemplo, la vida gloriosa o calamitosa de un abeto, de un trompo o de un soldadito de plomo:

“Trato de penetrar en ellos con todo mi corazón —reconoce—, y atrapo una idea para grandes que cuento después para los niños, recordando que a menudo también papá y mamá están escuchando y que también hay que entregarles algo a ellos. Los temas sobran en éste más que en ningún otro género literario; a veces me parece que cada pared, cada florecita me están diciendo: ‘Mírame un poco, mírame que comprenderás mi historia’ y, si les hago caso, ¡listo el cuento!”

Potenciamos el valor de su información

Servicios

Automatización
Tratamiento técnico
Gestión integral
Limpieza de fondos
Outsourcing

Clientes

Archivos
Bibliotecas
Centros de Documentación
Empresas

San Donato, 7 - 28017 Madrid
Tel.: 91 506 21 93 - ext. 224
bibliodoc@bibliodoc.com

www.bibliodoc.com



Escuchando lo que dice el mundo y lo que le dice su corazón, Andersen acaba por escribir en un lenguaje muy sencillo, muy popular y muy colorido, que, por esa misma razón, es muy difícil de traducir a otro idioma.

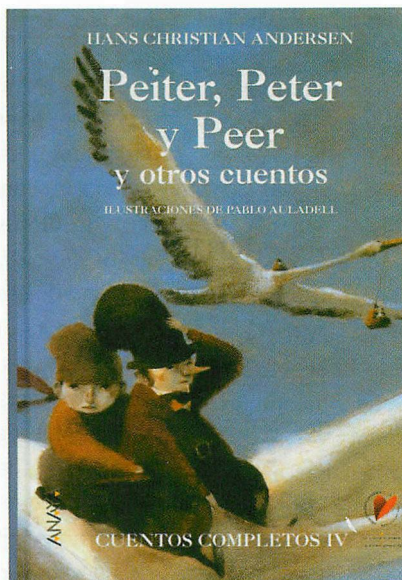
La filosofía de Andersen

Abordar el problema del “contenido” de esos cuentos puede parecer sacrílego. Se ha tomado la costumbre de considerarlos como realidades puramente poéticas, que provienen de un mundo imaginario y que remiten a él. Eso es verdad en cierto sentido, pero también los mundos imaginarios hablan del mundo real. ¿Cómo olvidar, además, que los cuentos de Andersen se dirigen explícitamente a un público en plena formación para el que todo tiene un sentido, también los cuentos de hadas? Por otra parte, nadie puede asegurar que Andersen haya deseado que se lo interpretase así. En su última novela, *Ser o no ser*, se alza contra la superstición, contra “la religiosidad sentimental” que lo liga al pasado. Sabemos por Oersted, ilustre físico danés y gran amigo del cuentista, que hacia el final de su vida Andersen logró dominar la atracción que sentía por las supersticiones del pasado y que espiaba con avidez las manifestaciones de un maravilloso mundo más nuevo, fundado en la ciencia y en las perspectivas que le abría al hombre. Sin embargo dejó bien sentado en una de sus obras de arte, *El ruiseñor del emperador de la China*, que el mayor descubrimiento no será jamás una máquina sino sencillamente el corazón del hombre y su asombrosa energía.

Oersted nota con razón que los cuentos de Andersen primero gustaron por su romanticismo, y luego por su sensibilidad y su humor.

El condicionamiento psicológico del artista, su cultura de autodidacta y su temperamento lo ligan a esa corriente del misticismo alemán que busca sus fundamentos en el folklore. Como Tieck, Chamisso o Arnim, Andersen juzga que nuestra razón es irremediablemente limitada. Los frutos del árbol de la ciencia provienen del diablo y están prohibidos para el hombre. La impiedad es castigada como un crimen y hay que “comprar” la felicidad. La virtud suprema es la resignación. Para los desdichados está el consuelo del más allá donde nuestra alma, que es eterna, encontrará por fin la felicidad.

Pero en realidad, aun cuando transmitan este tipo



de ideología, sus cuentos no se reducen a ello. Andersen transfigura todo lo que escribe con una suerte de ternura radiante que habría que denominar “inteligencia del corazón”. Tal como dice con acierto Fredrik Böök: “sus simpatías más profundas están por los desventurados, por los oprimidos; no exige una reforma, no plantea problemas, pero ejerce un efecto psicológico considerable sin relación con lo que dice, ya que la ternura humana también es un factor de disolución de lo malo y deprimido”. Sin duda es allí donde habría que buscar el verdadero espíritu y la profunda originalidad de Andersen, y no es

casual que haya sido hacia los cuentos de este tenor —como *El ruiseñor del emperador de la China*, *La pastora y el vagabundo*, *El pequeño Claus y el gran Claus*— que se sintieron atraídos otros grandes poetas de la ternura, la fantasía y la alegría, como Trnka, Grimault, Prévert o Santelli, y que los hayan adaptado para el cine o la televisión. Por otra parte, son muchos los cuentos que, bajo el registro del humor o de la melancolía, o, más a menudo aún, en un registro de humor algo triste, con sorprendentes medias tintas, evocan el triunfo del esfuerzo y el trabajo, y nos recuerdan algunas verdades que vale siempre recordar: por ejemplo, que el hombre no necesariamente es el lobo del hombre y que las verdades tienen eso de peligrosas: que cuando se las busca, se las encuentra.

Tal vez estas observaciones puedan contribuir a una mejor utilización de la obra del cuentista en el terreno de la literatura infantil. No se trata de proscribirla, como quieren algunos, ni tampoco de esparirla para evitar los temas supersticiosos, ya que a menudo esa ternura de que hablábamos termina por transfigurar las peripecias que pueden parecer inquietantes, y la magia queda reducida al poder muy natural del amor. Tal vez podamos hacer simplemente esto: reservar algunos cuentos, como *El niño en la tumba*, por ejemplo, o *Los zapatos rojos*, u otros de igual tenor, para una edad que no sea la de la consumación inmediata, para un público sensible aún a su poesía, pero que ya sea capaz de defenderse del encanto maléfico que destilan. ☒

Tomado de: *La literatura para niños y jóvenes*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1995

Marc Soriano